alguna buena que actualmente no tenga. Si pudiera entender algo más grande que su propio ser, o concebir alguna perfección que no poseyera, ya no sería infinito, no sería Dios.

Pues Dios mismo es el único que puede enseñar al alma algo digno de El, y nos ha revelado lo que El es. Sobre estas verdades de la esencia de Dios no podemos tener imagen proporcionada, ya que lo creado no es el Creador, el cual está sobre toda imagen o semejanza, porque lo finito no puede compararse con lo infinito.

De aquí que la fe esté sobre la cumbre de todas las ciencias y conocimientos. La fe levanta y da certeza, aunque en niebla de oscuridad. Ella nos enseña que en Dios hay infinita hermosura e infinita perfección, y nos dice que es inmenso, simplicísimo, amor y verdad, uno y Trino.

El Señor, que por la fe enseña a todos los cristianos, pone una secreta y o más alta claridad en algunas almas fieles, a quienes ilustra con luz y conocimiento especial sobre sus atributos y perfecciones; luz y conocimiento superior a toda la sabiduría de este mundo. Ni los libros ni los hombres pueden enseñar esta ciencia. Sólo Dios puede hacerlo y lo hace cuando quiere y a las almas que elige. Es regalo que con ninguna obra se puede merecer, anticipo de cielo que pone en lo íntimo del alma. Suele comunicar esta regalada merced de amor en el silencio y recogimiento de la oración; entonces la oración

se convierte toda en luz y en acentos y armonías de ángeles; y el lugar de la oración, y el alma misma, es un cielo. Entonces el alma codicia la oración sobre todo otro bien, y recogerse en sí misma, porque sabe que dentro de ella está Dios y la ilustra íntimamente. También sabe que Dios no se comunica, sino por excepción y por milagro, a quienes no guardan recogimiento, silencio, atención a lo interior y soledad de corazón.

El alma justa y humilde se centra en intenso silencio y soledad; busca y pide el amor en el retiro, donde se encuentra a Dios y, sobre el amor que busca, la comunica el Señor luces especiales de sus misericordias, con las cuales como que vislumbra algo de la infinita belleza y dulzura divina, las cuales sólo en la otra vida pueden gozarse sin interrupción, por lo que vehementemente se aumentan los deseos de entrar pronto a poseer este infinito Bien y pide no se tarde, diciendo como David: *Acelera el sacarme* (7). *Sedienta está el alma mía del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo me será concedido que yo llegue y me presente ante la cara de Dios!*

Sabemos que no hay otra entrada que el arco triunfal de la muerte para llegar a tanto y tan deseado bien.

Como una madre saca con ternura de la cuna a su hijo querido para estrecharle con amor, así nos tomará la muerte para ponernos en los brazos de Dios y decirnos: «Abre ya los ojos de tu alma, ahora

iluminados con los resplandores de la gloria, y mira la infinita hermosura de Dios, por la cual te conservaste fiel. Entra en la felicidad de tu Señor.» La muerte no podrá ejercer dureza alguna con los sellados con la marca del amor. Subiremos al cielo, guiados por el mismo Dios, por el sendero de luz trazado por la muerte santa, que nos guía hasta la gloria.

Las ansias y deseos de ver a Dios, especialmente en los años postreros de la vida, suelen ser proporcionados al amor, a la gracia de Dios y a las virtudes que el alma tiene.

Dios enciende e ilumina al alma, si bien no siempre siente ella con la misma intensidad la iluminación de la inteligencia y la hoguera del corazón.

En el cielo el conocimiento de Dios, comunicado por la luz de la gloria, es según el grado de gracia y de amor vivido en la tierra; pero cuando el Señor quiere hacer sentir sus luces especiales a un alma mientras vive en este destierro, entonces ni el conocimiento de los atributos, ni los sentimientos de la bondad de Dios, están en proporción de la santidad del alma, sino según los fines que el Señor se propone en cada hombre.

Pero la fe pone continuamente en las almas el conocimiento de Dios más grande, más cierto y el que más acerca al Señor y más santifica. Ese conocimiento siempre es oscuro, pero es el que más pone en lo infinito y los deseos de amar son la capacidad de amar y entender eternamente a Dios (8).

(I) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D., tomo I, día 29 de enero.

(2) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XI.

(3) San Juan de la Cruz, Aviso 350, en *Cautelas y...*

(4) *lsaías,* 45, 3.

(5) *San Juan,* XVII, 3

(6) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva.* canción II.

(7) David, *Salmo* 30, 3.

(8) Santo Tomás de Aquino, *Summo Theologico,* I, q. 12,a. 6.

CAPITULO XIV

DIOS, EN LA ORACION, COMUNICA LUZ

Es verdad muy consoladora para los humildes que Dios no comunica las noticias o conocimientos de sus perfecciones o atributos ni de su grandeza o misterios según la ciencia o el talento del hombre, ni atiende, por lo tanto, a los conocimientos filosóficos o teológicos adquiridos, sino al grado de amor y de gracia divina a que haya llegado por las virtudes practicadas y la santidad del alma. Como manifestó San Pedro: N*o hace Dios aceptación de personas, sino que... el que teme a Dios y obra bien, merece su agrado* (I).

La historia nos da elocuentes pruebas aun en el orden de éxito de los libros y del apostolado. Pasamos los hombres estudiando incansables para llenarnos de conocimientos y poder luego influir con nuestros trabajos, y después nadie se ocupa de leer nuestras obras. En cambio, almas sencillas que sólo se ocuparon de amar mucho a Dios y hacerse santas, cuando el Señor quiso que escribiesen algo, llegaron a cautivar tan íntimamente que son buscadas y codiciadas hasta sus más pequeñas páginas. y ha querido el Señor presentar estos ejemplos en todos los siglos para que sus ministros y cuantos se ocupan de apos-

tolado estimen la oración más que el estudio y prefieran quitar tiempo del estudio para darlo a la oración.

En la Edad Media se buscaban más los libros de Santa Brígida, de Santa Gertrudis y de Santa Catalina de Sena, que los escritos por teólogos y sabios, y eran leídos con más provecho espiritual. Posteriormente, ¿cuántos libros han alcanzado las ediciones y han sido tan alabados como los de Santa Teresa de Jesús?

¿Y quién se preciará en nuestros días de ser tan leído ni hacer tanto provecho y tantas conversiones como Santa Teresa del Niño Jesús? Dios quiso hablar y enseñar por sus almas de oración, sencillas y santas, y las dotó de su sabiduría y del don de llegar a los corazones.

En el cielo no serán mayores los conocimientos de quienes estudiaron y aprendieron más en la tierra, sino que conocerán más y con mayor gozo los que amaron más a Dios y fueron más santos, porque sabrán más de la esencia divina, en donde se verán todas las verdades y todos los acontecimientos. En Dios verá mejor y comprenderá más de los seres y mundos creados y creables un santo, que en la tierra fue iletrado, que el sabio más famoso. En el cielo es el amor la medida de la sabiduría y se adquirirá mayor ciencia, no por el ansia de conocer, sino por la sed de amar (2).

Podemos considerar dos clases de conocimientos aquí en la tierra: el adquirido por el estudio o con la

enseñanza de los hombres y el infundido por Dios directamente en el alma. Este es más claro y se expresa más sencillamente; porque el alma ve dentro de sí misma la verdad infundida con más claridad que si la viera con los ojos de su cuerpo. El Señor pone dentro de ella misma las verdades divinas y naturales que quiere comunicarla, con una seguridad maravillosa y con inmenso gozo, y la da la capacidad para que vea y entienda sin acudir a razonamientos. No a todas las almas infunde el Señor las verdades que quiere comunicar, con la misma claridad ni con la misma hondura, ni en proporción de la divina caridad que el alma vive, sino según los fines que quiere y que en cada caso se ha propuesto su divina Providencia. Esto mientras se vive en la tierra. Y así, por almas de menos santidad manifiesta, cuando quiere, muchas y grandes verdades.

Pero en el cielo la capacidad del conocimiento y del gozo es la gracia y el divino amor de cada alma. Tanto verán de la esencia divina y tanto tendrán de gozo, cuanto hayan adquirido de gracia o lleven de mérito y virtudes; y tanto mayor será la claridad y extensión del conocimiento de las cosas criadas o creables, cuanto mayor sea la intensidad de la visión de la divina esencia y la grandeza de la gracia, siendo tan grande la diferencia de unos y otros, según nos enseña la teología, como no podemos en la tierra comprender. Dios infunde mayor conocimiento y mayor gozo de ciencia para toda la eternidad, no al

mayor talento ni al más estudioso, sino al más humilde y que se ofreció más perfectamente, porque es más santo.

Aun en esta vida sobre la tierra, es la divina claridad -iluminada con particular conocimiento sobre las riquezas de Dios y sus divinas perfecciones y misericordias- la engendradora de los deseos y de las ansias de gozar la gloria de Dios y de entrar y a en sus misericordias. El Señor bendice tan santos deseos y nobles aspiraciones.

Tiene el Señor inexplicables complacencias en comunicarse amorosamente a los humildes. Cuanto mayor humildad ve en un alma, más se acerca a ella y más generosamente la engrandece y colma de santidad. Los Santos son almas llenas de Dios. Cuanto más llena Dios a un alma, más santidad tiene: Dios es la santidad por esencia, y quien más participa de Dios, más santidad recube. Porque Dios tiene su complacencia con los humildes de corazón y los llena más de Sí, son también más santos y saben amar y conocer mejor a Dios, aun cuando carezcan de instrucciones y de conocimientos humanos. La divina caridad es la lámpara que ilumina y pone reflejos de cielo en la inteligencia y amores de ángel en el corazón; y esta lámpara de la caridad brilla más y pone mayor conocimiento de Dios en los humildes. Los ilumina la fe, pero el mismo Dios es el maestro que les enseña su ciencia y les muestra los resplandores de su hermosura (3).

La Virgen fue humildísima, por eso fue Santísima y Dios la llenó como a ninguna otra criatura de sus misericordias; ella cantó maravillosamente en el *Magnificat* las alabanzas de Dios por las gracias que de El habían recibido.

San Simón el Estilita no tenía instrucción alguna especial y careció de conocimientos científicos y de lecturas literarias. El gran San Antonio Abad tampoco estaba versado en las ciencias humanas ni había estudiado filosofía, ni conoció lo que los filósofos dijeron de Dios y de sus perfecciones, y, sin embargo, los dos recibieron tanta luz divina y tan inefable conocimiento de la infinita bondad de Dios y experimentaban tanto contento y tan regalado gozo en estarse recogidos en su soledad con el Señor, que pasaban totalmente las noches velando en muy alta oración, recibiendo muy grandes ilustraciones de fe, gozando claridades y suavidades de cielo y haciéndoseles tan cortas las horas de la noche, que daban amorosas quejas al sol cuando amanecía, porque con sus rayos les quitaba de la atención divina.

San Pablo, el primer ermitaño, no sentía tedio ni se le hacían pesados los largos años de su total soledad en apartado y desconocido desierto sin trato con criatura alguna, antes vivía allí en un cielo de luz, de paz y de alegría. Dios le comunicaba noticias y conocimientos de sus divinas perfecciones, con las cuales nada hay comparable, y estaba muy lejos de sentir nostalgia alguna por las cosas de la tierra. Gozaba

dentro de sí mismo de mayor belleza y claridad que toda la que puede entrar por los sentidos; sólo tenía nostalgias de cielo y ansias por entrar en la posesión de aquellas riquezas eternas que entreveía en Dios.

¿Dónde aprendió Santa Catalina de Sena, sino de los labios de Dios en la oración, aquellos conocimientos tan profundos de la Verdad Eterna, que pasmaban a los teólogos que la trataban, y de quién recibió aquella clarísima luz de la bienaventuranza, que la hacía llorar en deseos de entrar a gozarla?

¿Cómo han de poderse comparar las bellezas de aquí abajo con las hermosuras de allá arriba; esto, tan limitado y pequeño, con lo soberano del Señor; la ciencia humana con la sabiduría infinita, ni la compañía de los hombres con la de los bienaventurados y la de Dios ?

Santa Teresa de Jesús, alma de oración por excelencia y de trato tan íntimo y extraordinario con Dios y con los bienaventurados, compara unos bienes con otros y encuentra toda la hermosura de la tierra como fealdad ante la hermosura que ha visto en Dios (4). Cuando para distraerla un poco la enseñaron oro, diamantes y piedras preciosas, dice: «Pensó que me alegraran; yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible sería, aunque yo misma lo quisiera procurar, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de las otras. Esto es

un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá quien lo posee. . .

»*Quedóme también poco miedo a la muerte,* a quien siempre temía mucho; ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios, porque en un momento se ve el alma libre de esta cárcel y puesta en descanso.»

Dejando para más adelante mayores detalles, quiero ahora recordar algunos de los efectos sentidos en la oración por San Juan de la Cruz.

Dice el Santo: «En esta soledad, que el alma tiene de todas las cosas en que está sola con Dios, El la guía, y mueve y levanta a las cosas divinas, conviene a saber, su entendimiento a las divinas inteligencias» (5).

En la oración de amor quieta y solitaria recibe el alma vida eterna y efectos de bienaventuranza de inefable luz, «y así la deia en olvido y sin tiempo...; aunque dure mucho le parece brevísima... y deja al alma... con levantamiento de mente a inteligencia celestial» (6).

El silencio y la soledad de la oración, iluminados con luz del mismo Dios, se convierten en imán, de donde no acierta a separarse el alma sierva del amor, y allí encuentra todo su contento hasta que llegue el permanente del cielo. Maravillosamente lo dice fray Luis de Granada, aduciendo una cita de San Bernardo: «El ánima-dice-, que ya una vez aprendió del Señor a entrar dentro de sí misma por su presencia y

goza de ella en su manera, no sé si tomaría antes por partido padecer por algún tiempo las penas sensitivas del infierno que ser desterrada y carecer de la dulzura de estos pechos divinos y quedar obligada a volver otra vez a buscar recreaciones sensuales de las cosas humanas» (7). Mejor no se puede expresar ni encarecer.

Dios, infundiendo sabiduría suya en el alma, que se queda sola con El y atenta a El en prolongado recogimiento, produce deleites inestimables y acrecienta los deseos que ya sentía el alma de llegar a la posesión perfecta ya la clara visión de su esencia en el cielo.

Solamente Dios puede comunicar noticias de tanta luz y dar a conocer algo de Sí mismo. Las almas santas, que han recibido tan provechosa merced, no encuentran en el lenguaje de los hombres palabras para poder expresar tanta grandeza, tanta claridad y tanta hermosura. Sienten la mayor complacencia y contento en estar con el Señor, en recogerse dentro de sí mismas en la luz y misericordia del Creador; pero no saben expresar lo mismo que ven y sienten, contentándose con decir que Dios es sobre toda verdad, sobre todo deleite y sobre toda belleza.

«Quedóme una verdad, dice Santa Teresa de Jesús, de esta divina Verdad que se me representó, sin saber cómo ni qué, esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios, porque da noticia de su majestad y poder de una manera que no se puede

decir... Entendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad de este mundo. Esta verdad, que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender» (8).

(I) *Hechos de los Apóstoles,* X, 34.

(2) Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica,* I. q. 12, a. 6.

(3) San Agustín: *De Trinitate,* lib. IV. Proemio.

(4) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones,* 1. *Vida.* cap. XX.

(5) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canci6n XXXV.

(6) San Juan de la Cruz, *Subida,* lib. II, cap. XIV. No hay belleza, ni encanto, ni riqueza como la belleza, encanto y riqueza de la soledad vista a la luz de la doctrina de los santos. Véase el libro *Al encuentro de Dios.*

(7) Fray Luis de Granada, *Adiciones al Memorial.* cap. IV.

(8) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XL.

CAPITULO XV

EL MAYOR BIEN PROPIO QUE EL ALMA PUEDE DAR A DIOS ES EL OFRECIMIENTO DE LA VIDA

No puede menos de ser amable la muerte a quien ama y abrasa el deseo de unirse al objeto amado, que es su último fin, y entrar en el gozo de la felicidad perfecta e increada.

Pero el amor de Dios es también el mejor maestro para enseñar muy claramente quién es Dios y que todo acatamiento es nada para lo que Dios se merece. Si Dios es sobre toda alteza, el amor de Dios será un bien y un tesoro superior a los otros bienes que el hombre estima y codicia.

Dios es el infinitamente amable, el sumamente deseable y el que todo lo me rece. Dios es el que tiene todas las cosas en Sí: las creadas, las creables y las posibles; las tiene todas presentes, y en El todas son vivas. Dios es la infinita verdad, el infinito bien y el amor infinito. *La bienaventuranza,* que es la posesión de Dios en felicidad, *es el gozo de la verdad, o sea el gozo de Dios, infita verdad* (I). Porque el alma sabe que Dios es todo luz y verdad, se entrega toda ella a Dios y siente inefable gozo en este ofrecerse totalmente. Con frase de Santa Teresa de Jesús

se puede decir que la gloria que en esto se siente no se puede escribir ni sentir, ni la podrá pensar quien no hubiese pasado por ello. Porque ante Dios "lo que podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar la nonada que era todo en comparación con aquello» (2). El alma, entregándose a Dios, se entrega a la felicidad perfecta.

La muerte es una alegría tan limpia, tan pura, tan impalpable y hermosa, porque es el mayor y más preciado don, la joya de más valor y de mayor belleza que el alma puede dar a Dios, y se la ofrece gustosísima y voluntariamente.

La obra del amor y el don del amor no puede ser tristeza. Si el amor. es luz, belleza y atracción; si el amor es lo que todos deseamos, el don del amor será claridad, sonrisa, gozo, transparencia y suma alegría.

Ya quedó indicado en otro capítulo que todos los seres aman el fin último y el bien universal necesariamente más que a la propia existencia y más que al propio ser y el último fin es también el primer principio y el Creador de todo.

Los ángeles, que son criaturas nobilísimas y perfectas, aman más a Dios que a sí mismos y que las perfecciones con que han sido hermoseados. Conocen y ven en el mismo Dios clara y directamente la infinita grandeza y perfección divinas, y ven que El es toda verdad, y que en El está toda la dicha y es la fuente de todo bien. Ven con toda certeza y en gozosísimo deleite que Dios es tan infinito

y perfecto, que no solamente no puede ser más de lo que es, ni tener más bienes de los que posee, sino que ni su infinito entendimiento puede pensar en toda la eternidad nada más grande que su propio ser, ni concebir alguna perfección que actualmente no posea y goce.

Con su altísima ciencia, los ángeles aman a Dios y sienten inmenso gozo en amarle como a supremo bien y último fin; se le están deleitable e incesantemente ofreciendo, y en este voluntario acatamiento reciben del Señor felicidad eterna e inenarrable deleite.

Si pensamos en la bondad de Dios, ella nos enseñará igualmente que debe ser amado sobre todas las cosas y más que nuestra vida. Porque Dios es la bondad esencial. Nuestro entendimiento no puede pensar ninguna cosa más amable que la suprema Bondad, ni bien alguno que atraiga el amor y produzca el amor como la Bondad infinita, origen y causa de toda otra bondad.

La muerte, voluntariamente aceptada y ofrecida, es la entrega a la Suma e infinita Bondad; al Sumo amor, a la perfecta dicha. Por eso huir de la muerte es rechazar la felicidad.

San Agustín ya señalaba el orden en que hemos de amar a Dios, a nosotros y al prójimo: «A Dios -dice- hemos de amarle incomparablemente más que a nosotros mismos; al hermano, como nos amamos a nosotros mismos; *y cuanto más amemos a Dios, más*

nos amamos a nosotros mismos. Con el mismo amor de caridad amamos a Dios y al prójimo, pero a Dios, por Dios; a nosotros y al prójimo, por Dios» (3).

El amor es inclinación del corazón al ser amado, es darse y ofrecerse a él. Se abraza el sacrificio voluntario por amor. Por eso la madre sufre gustosa por su hijo; tiene complacencia en llevarle entre sus brazos, porque es peso amoroso, y la medida para aceptar el sacrificio es el amor; cuanto mayor sea éste, más se puede sufrir .

Por igual razón se hace el ofrecimiento según es el amor, y su intensidad es según la perfección del objeto amado y el conocimiento que de sus cualidades tenga el amante.

El amante se da gustosa y voluntariamente, con el alma inflamada, para ser toda de su Amado; para agradarle y vivir en El quiere ser digno del infinito amor y se considera dichoso sintiéndose amado de Dios. No gusta tanto de pertenecerse a sí mismo cuanto de ser de su Dios. Dirá con San Pablo: *Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.* No una vida, sino muchas que tuviera quisiera dar a Dios. Los mártires fueron magníficos testigos de esto.

Santa Teresa exclama, movida de este amor: *¿Qué hace, Señor mío, el que no se deshace por Vos? ¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?* Busca, ante todo, la honra de Dios y goza en llevar la bandera de su amor, aunque vaya en ello la vida, que lo tendría por regalado premio.

El mayor don y el más precioso que el hombre puede hacer, y la manifestación más abnegada, íntima y real de verdadero amor, es el ofrecimiento de la propia vida; darse totalmente y para siempre al Amado, tener siempre a disposición del Señor la vida y todas las demás cualidades recibidas. El heroísmo magnífico es dar la vida, acompañada de los más crueles tormentos, por no renunciar al amor y para probar la grandeza del mismo. Esto hicieron los mártires, y nuestro Señor Jesucristo nos dijo: *Que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos* (4).

Las cualidades y excelencias del don que se ofrece está en relación con la alegría del que da y del que recibe. El don de sí mismo produce el mayor gozo, porque es el mejor don y la prueba más fina y honda de cariño.

Los bienes que poseemos, los amigos y familia, y aun las cualidades personales, son, en cierto modo, algo exterior a mi propia persona, relacionados conmigo, pero fuera de mí. Riquezas, honores, salud, talento y belleza, son todas cosas que puedo perder y seguir viviendo; pero la vida me la ha dado Dios para mí, y aun siendo Dios el dueño absoluto de todas las cosas y el dador de todo, sin dejar de tener dominio sobre mi vida, me la ha dado para mí, y es lo más alto y preciado que yo puedo ofrecer a Dios, poniéndome voluntariamente en sus manos ya su total disposición. Yo no puedo vivir ni un segundo más de lo que

el Señor haya dispuesto; soy, en este sentido, administrador temporal de mi existencia; pero ofrecerla a Dios voluntariamente es mi mejor dádiva, lo que más agrada al Señor y por lo que otorga más alta recompensa. ¡Dios mío, voluntaria y libremente os doy mi vida con todo mi amor! Me doy todo a Vos, porque sois mi amor y quiero ser todo vuestro y perteneceros en todo. Gozo en entregarme, porque os amo más que a todas las cosas y más que a mí mismo. Mi vida es mi tesoro y os la ofrezco, Amado mío. N o poseo nada mejor.

Os la doy también porque quiero veros; quiero vivir vuestra vida y poderos decir con David: *Transpórtanse de gozo mi corazón y mi cuerpo contemplando al Dios vivo.*

Todo se da por conservar la vida. Si falta la vida, sobra todo lo demás; es lo que más estimamos, mi mayor bien y donde se reciben los demás bienes. Mi vida es lo que más propiamente es mío y yo se la ofrezco al Señor.

Digo que es lo más grande que puedo ofrecer de las cosas naturales, porque Dios me da las sobrenaturales para que las haga mías y se las pueda ofrecer como mías; tales son, además de la gracia divina, los méritos de Jesucristo y su mismo amor eterno e increado. Con el ofrecimiento de estos bienes sobrenaturales merece el alma más y agrada más al Señor, por ser, sin comparación, más perfectos y más altos que los bienes naturales.

Ofrecer a Dios mi vida es darle muy agradecido, con la vida, todo mi ser y todo lo que El tan paternal y amorosamente me ha dado. Es la más íntima y verdadera manifestación de mi sincero agradecimiento a su amor.

Es también la alegría más grande que puede nacer en mí de mis propias obras; porque doy todo lo mío, todo lo que soy y puedo ser, y me doy a mí mismo al Ser a quien amo sobre todas las cosas y más que a mí mismo, porque es digno de infinito amor, y todo es como nada para lo que El se merece. Mi gozo es agradarle y que todo lo mío sea suyo y para siempre. Quiero más pertenecer a Dios que a mí, y más vivir para Dios y en Dios que para mí y en mí. Quiero vivir y ser una misma cosa con la dichosa y feliz vida de Dios. Mucho me alegra leer en San Agustín que «cuando hayamos recibido la participación de su vida eterna, seremos también, cuanto lo permita nuestra condición, inmortales» (5).

No tengo nada más grande ni nada que estime tanto para ofrecer al Señor sino es su mismo ofrecimiento y su amor eterno, que también se lo ofrezco, como acabo de decir (6). Mi gozo más grande y más feliz es corresponder a su amor, no como El se merece, porque es imposible, sino dándole el don más grande y más preciado que tengo. Que mi vida esté en sus manos y a su disposición. Quisiera también, Dios mío, ayudado de vuestra gracia, dárosla con el heroico amor con que os la dieron los mártires, por

confesaros y pasando los tormentos más crueles; porque, aunque tiemble mi pobre naturaleza, confío en la ayuda de vuestra misericordia y de vuestro amor, como les ayudó a ellos. No una vida, sino millones de vidas que tuviera os las ofrecería juntas, Dios mío, y con amor proporcionado a tantas vidas, las pondría en vuestras manos ya vuestra voluntad, y con todas ellas querría cantar vuestra gloria y que todos los seres os conocieran y os amaran.

Y luego de haberme dado todo al Señor, ofrecerle lo suyo, su amor, sus infinitas perfecciones y atributos, el ofrecimiento de su propio ser infinito, de su incomprensible gloria y la alabanza de las tres divinas personas (7).

Esto me recordaba el dulce ermitaño sentado junto a un ciprés, y recordaba textos de muchos Santos y de la teología. Con paz del cielo y nostalgia de eternidad, decía: «En buena hora *me marché del mundo y he permanecido en la soledad»* (8). Aquí vine ardiendo en deseos de ofrecer mi vida a Dios y con ella cuanto soy. Este ciprés me habla de la inmortalidad y de la gloria (9). Aquí encontré el ciento por uno y un amor que no se puede explicar ni los hombres comprenden hasta que no lo experimentan. Aquí se siente el alma muy encima de sí misma en una gustosísima soledad de criaturas y en una atmósfera de cielo; se ve llena de Dios y empapada en divinidad. ¡y es tan dulcísimamente inefable. . . ! ¡Qué tarde comprendí la hermosura y la luz de que

está bañada la soledad! Aquí gozo de repetir en mi interior, y a veces de gritar entre estos árboles: *¿Quién como Vos, Dios mío? Todo soy para Vos: sólo para Vos.* ¿Por qué no comprenderán esto los hombres y se ofrecerán todos a Dios? Por todos pido aquí. Pero parece que esta inocente y hermosa naturaleza me responde por ellos y me dice: «Nosotros también somos sólo para Dios y todo para Dios.» Y gozo de repetir esta verdad de día y de noche, hasta que el amor ahoga dulcemente mi garganta y mis lágrimas piden por todos los hombres. En la soledad me enseñó el Señor también la alegría del ofrecimiento de Jesucristo a su Padre.

El amor tiene complacencia y gozo en dar, y quiere manifestarse en la esplendidez de la dádiva. Amor que no da, es egoísmo, no amor. «Aunque me pidas la mitad del reino te lo daré», dijo en un momento de exaltación Herodes a Herodías. «Por ti sola hubiera creado el cielo», dijo el Señor a Santa Teresa. Jesucristo, que se nos da a Sí mismo en la Eucaristía, concederá su gloria a todos los que no se alejen de El.

El amor abre la mano y enseña a dar y a darse; está siempre ofrecido y a disposición del amado. Estar ofrecido a Dios y gozar de su compañía es el inexplicable placer del alma espiritual, que encuentra en su Dios algo mayor y más hermoso que cuanto soñaba.

Tanto mayor es la complacencia, la alegría y pla-

cer que se experimenta, cuanto más preciado es el don que se ha hecho y con más espléndida generosidad, sin reservas ni condiciones; o cuando más ampliamente se corresponde a los beneficios recibidos o a la grandeza del amado. Según esto, no habrá gozo comparable ni alegría que se aproxime al acto de poner la vida incondicionalmente en manos del amado, cuando el amado es nada menos que el mismo Dios. Se ofrece la vida cuando florece el amor, sea en los años frescos de la juventud, sea en la vejez. Cuando se tiene miedo, es que no ha florecido el amor. No es razón para no ofrecer la vida ver que es ruin; las manos de Dios son maravillosas para trocar la fealdad en hermosura. ¿A quién puedo ofrecer mejor mi vida que a Vos, Dios mío? ¿A dónde estaré mejor que en las manos que hicieron los cielos y me hicieron a mí? Dios me transformará y cuando me lleve, podrá decirme: «Toda hermosa eres, amiga mía; no hay defecto alguno en ti» (10).

Santa Teresa de Jesús repetía :

Ya toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que mi amado es para mí
y yo soy para mi Amado (II).

En las *Moradas* nos explica cómo queda el alma, después que el Señor la ha enriquecido y hermosea-

do, ardiendo en deseos de ofrecerse. «Vese -dice- con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer y de morir por El mil muertes» (12). Y en otra parte añade que le quedan «los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios, de todas cuantas maneras se quiere servir de ella. Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia, grandísimos; y no hace mucho en hacerla, porque con la fuerza del amor siente poco cuanto hace y ve claro que no hacían mucho los mártires de los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte del Señor es fácil» (13).

Esta entrega al Señor resalta con gran belleza en la vida de los Santos. Todos se dieron y vivían para Dios; pero el principal ofrecimiento fue el de su vida.

Nuestro Señor Jesucristo es el acabado modelo en esto como en toda virtud. Hizo a su Eterno Padre el ofrecimiento de Sí mismo, dando su vida y todo su ser. En un mismo acto de infinito amor, de total abnegación y de supremo agradecimiento, ofreció su gusto, su honra y su sangre por nosotros, porque nos amó; y se entregó totalmente a su Eterno Padre en sacrificio de alabanza y de expiación. Con la aceptación voluntaria de la muerte, realizó el acto más grande que se puede hacer en todos los siglos. En este voluntario abrazo a la muerte, acompañado del mayor menosprecio, de la más grande deshonra y de

crudelísimo dolor, inmolando su vida y todo su ser a Dios, *sintió su alma un gozo tan intenso y altísimo* como nunca en la tierra podremos comprender. Se entregó a su Eterno Padre *voluntariamente* (14) porque sólo este sacrificio suyo era digno de Dios y porque le amaba más que toda la creación; se ofreció lleno de amor, con total generosidad y suma complacencia; aunque el cuerpo lo rechazaba y sentía, *se entrego porque quiso,* porque amaba con el amor más excelso. No es posible decir la alegría que sintió su alma en ofrecer con la vida, la honra, la fama y los más crueles dolores.

Pensaremos en esa verdad tan poco meditada, pero muy cierta.

Todo lo ofreció también por mí, porque me amó y con amor inexplicable.

Al pie de la Cruz estaba la Virgen Purísima, compenetrada con Jesús y ofreciéndose con El. También ella aceptó todos los desprecios y ser madre de Jesús en el oprobio y deshonra. Ofreció su vida a Dios en compañía de Jesús y aceptó, como el máximo sacrificio, continuar viviendo sobre la tierra en altísima y espiritual soledad.

Mucho se recrea y goza mi espíritu pensando que por ofrecer continuamente Jesús su vida y su amor, en alabanza perpetua a su Eterno Padre, se quedó en la Eucaristía con nosotros, donde con estupendo milagro de amor se inmola a Dios y se nos ofrece a los hombres. ¡Cómo nos amas, Jesús mío !

La Iglesia me exhorta a que ofrezca incesantemente mi vida al Señor. Todos los días, como cristianos, rezamos la oración hermosísima del *acto de contrición*. En esta fórmula de oración española le digo diariamente al Señor: *Os ofrezco mi vida, obras y trabajos*. Con palabras expresas pongo mi vida en las manos de Dios. ¿Y temblaré después, medroso, pensando que me puede llegar de un momento a otro la muerte, cuando yo la ofrezco voluntariamente y por amor? ¿Será que no rezo de verdad el *acto de contrición*? Dios mío, conscientemente, porque os amo, os ofrezco de corazón y voluntariamente mi vida como lo mejor que tengo y lo que más estimo. En vuestras manos la pongo. *Confiará mi alma en tus palabras y esperard en Ti, Señor* (15).

Los Santos mártires ofrecían a Dios su vida en testimonio de fidelidad; porque le amaban se abrazaron con cruentas torturas antes que negarle y le confesaban delante de todos. Por una especialísima y regalada gracia del Señor sintieron un contento, que les salía al exterior, imposible de decir, y, al dar su vida, iban cantando el himno del triunfo de la inmolación en amor.

Dios es el ideal absorbente y el amor esplendoroso de los Santos. Vimos que Santa Teresa de Jesús gustaba de repetir: *¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?* (16), y San Francisco de Asís, el *Dios mío y todas las cosas*.

En todas las criaturas buscaba y hallaba el amor

San Juan de la Cruz; pero sobre todo le encontraba, dulcísimo, dentro de sí mismo y repetía el ofrecimiento de su vida con las palabras del Salmo: *Dios, a Ti he presentado mi vida* (17). Yo también la presento y continuamente la ofrezco y pongo en tus manos. Recíbela cuando gustes y haz de ella lo que quieras. *Mi alma suspira y padece deliquios ansiando estar en los atrios del Señor* .

¡Cuántas almas de todos los tiempos, nobles, grandes y puras, en alas y ansias de amor, han huido del mundo y de toda comodidad, han dejado el trato de las personas queridas y todo lo que distrae o disipa, acogiéndose al silencio de la soledad, y han ofrecido y ofrecen su vida con todas sus actividades, para quedar desconocidos de los hombres y estar presentes a los ojos del Señor! Escogen vivir en verdadera soledad y olvido para vivir solas con Dios, siendo indirectamente luz y calor de todas las almas, como las centrales potentísimas y focos iluminadores, aunque invisibles, del mundo espiritual. Esas almas gustan de repetir lo que sólo ellas saben apreciar: *«Soy toda de Dios y sólo para Dios.* Le ofrezco mis pensamientos, mi memoria y cuanto soy. He puesto mi vida en sus manos y estoy esperando, en vigilia de amor, que venga por mí. Mientras llega, mi compañía es con los bienaventurados.»

Viven solitarias y gozosas con el placer más puro que en la tierra se puede disfrutar. Por haberlo dejado todo, Dios se complace sobremanera en estas

almas y por ellas comunica sus gracias al mundo, el cual no puede conocerlas ni apreciarlas, pero Dios las cuida con ternura infinita.

La soledad en Dios es luz de paraíso, vida de ángeles y gozo de bienaventurados; con ellos y en compañía del Señor se *vive* el silencio y recogimiento espiritual.

El ruido ahuyenta la paz del cielo.

(1) San Agustín, *Las Confesiones*, lib. X, capítulo XXXIX.
(2) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXXIX.
(3) San Agustín, *De Trinitate*, lib. VIII, núm, 12
(4) *San Juan* XV, 13.
(5) San Agustín, *De Trinitate*, lib. I, cap. VI, número 10.
(6) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva*, canción I.
(7) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva*, canción I.
(8) David, *Salmo* 54, 8.
(9) El ciprés es símbolo de la inmortalidad y de la esperanza; ésta es la razón de ponerle en los cementerios católicos.
(10) *Cantar de los Cantares,* IV, 1.
(11) Santa Teresa de Jesús, *Poesías,* III.
(12) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* V, cap. II.
(13) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* IV, cap. V.
(14) San Pablo, *A los de E/eso,* V, 2; *lsaías,* 53, 7.
(15) *Salmo* 118.
(16) Santa Teresa de Jesús: *Vida,* cap. XXXIX.
(17) *Salmo* 53, 9.

CAPITULO XVI

PORQUE DIOS ME AMO, ME DIO EL SER

La creación entera alaba al Señor pregonando su gloria y su omnipotencia. Los mundos siderales entonan sin cesar el himno de su poder y de El reciben la luz ya El, Señor de infinita bondad, confiesan con sus esplendores.

Las criaturas racionales, que viven en obediencia a Dios, cantan conscientemente sus misericordias. Los ángeles y los bienaventurados se le ofrecen en alabanza y los hombres en súplica de inmortalidad gloriosa. Los siervos del amor unen su voz a la de David, diciendo: *Alma mía, alaba al Señor, y todo cuanto hay dentro de mí bendiga su santo nombre* (I).

Por su alabanza y ofrecimiento recibirán premio de eterna gloria, como lo suplican y esperan, repitiendo las palabras del Salmista: *Sálvanos, Señor, Dios nuestro, sácanos para reunirnos Contigo y ya nos gloriemos en tu gloria* (2).

Decía San Francisco de Sales que el alma que está enamorada de Dios tiene un insaciable deseo de alabarlo y quisiera poder cantarle con alabanzas infinitas en reconocimiento de sus infinitas. perfecciones y en gratitud de cuanto de El ha recibido y espera recibir .

Dios amoroso me pide lo que yo puedo darle, que es la nada de mi pobre corazón. Por este pequeñísimo amor que yo doy al Señor, El me da el suyo infinito para que yo pueda amarle mejor y merecer más. Yo, gustoso, me entrego; sé que en sus manos no puedo encontrar sino dicha y que de ellas no puede salir otra cosa que luz, alegría y felicidad eternas. Porque es mi Dios, infinito en perfecciones y comunicador de todo bien, siento inconmensurable gozo en pensar el momento que me llame y me diga: *Ya pasó el invierno, ya han cesado las lluvias; levántate, amiga mía, y ven.*

Santa Teresa de Jesús, como alma fervorosa y encendida en amor, le decía a su Dios :

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma,
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y aflicción;
dulce Esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí,
¿qué mandáis hacer de mí?

Tampoco yo puedo contentarme con menor ofrecimiento que el de Santa Teresa; pues Dios me amó expresamente a mí con amor infinito desde toda la eternidad y siempre he estado presente a Dios, sin interrupción alguna, como ahora soy, con todos mis actos, mis pensamientos y deseos. En el claro diamante divino se han representado desde la eternidad,

sin interrupción, las perfecciones que su amor en este momento me daba. Siempre, Dios mío, me amaste; siempre estaba yo presente en Ti y eternamente lo estaré, porque en Ti no hay mudanza, no hay pasado ni futuro. Desde la eternidad me señaló como último fin su misma gloria y me ha prometido hacerme participante eternamente de su misma vida, si soy fiel a su amor.

Además de darme la existencia, además de la gracia y su amor en la tierra, determina dárseme eternamente en el cielo. Su vida será mi vida. Viviré en el Señor; será mío y para mí. y me manda la muerte del cuerpo para que mi alma vaya a tomar posesión de la gloria. ¿Qué menos puedo hacer que darle mi vida como regalo y obsequio mío en agradecimiento amoroso? ¿Cómo no dar alegre la vida a Dios? ¿Cómo no he de desear me la reciba pronto para entrar en la posesión de su gozo?

¿Cuándo me será concedido que yo llegue y me presente ante la cara de Dios? (3).

Amaré eternamente al Señor que eternamente me estará amando y colmando de felicidad.

Estos son efectos del amor, y sólo quien ama llega a entenderlos, como lo advertía ya San Agustín al explicar el Salmo: «*Gózate en el Señor y te concederá cuanto tu corazón le pida. Porque en ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz.* Dame un alma que viva el amor y comprende lo que digo. Dame un alma que suspira por la vida eterna, y cono-

ce esto que expongo. Mas si hablo a un tibio, que no conoce el amor, no me comprende» (4).

Si sé con toda certeza, como lo sé, que Dios me ha amado y me ama con amor eterno e infinito, ¿cómo procuraré pagarle su infinito amor? No de manera menos generosa que ofreciéndole mi vida.

No quiero incurrir en el error ya condenado por San Agustín: «Si el alma no se ama en toda la extensión de su ser; por ejemplo, si el alma humana se ama como se ha de amar el cuerpo, siendo ella superior al cuerpo, peca, y su amor no es perfecto, y si se ama más allá de las fronteras del ser, es decir, si se ama como sólo a Dios ha de amarse, siendo ella infinitamente inferior a Dios, peca en exceso y no se ama con amor de perfección y su malicia y aberración es completa si ama a su cuerpo como sólo a Dios se ha de amar» (5).

Dando mi vida a Dios por amor suyo, le amo más que a mí mismo, y en ello está mi mayor ganancia y con ello me amo más a mí mismo, y ofrezco también al Señor este mi cuerpo, que rehuye morir, porque no comprende la ganancia del ofrecimiento ni la transformación que tendrá con la muerte.

(I) *Salmo* 102.
(2) *Salmo* 105.
(3) *Salmo* 41, 2.
(4) San Agustín: *Tratado* 26 *sobre San Juan.*
(5) San Agustín, *De Trinitate,* lib. IX, cap. IV, núm. 4; traducción del P. Fray Luis Arias, O. S. A.

CAPITULO XVII

GRANDEZA Y MERITO DE LOS SUFRIMIENTOS; GOZO QUE CAUSAN

De tanta estima son y tantos bienes eternos traen los dolores que la gracia que el Señor nos hace cuando nos lleva por este camino del sufrir es inestimable.

Porque el sufrimiento, en cualquiera de las manifestaciones que se presente, siempre es, a semejanza de la muerte, una donación que hacemos a Dios, que El galardona con recompensa eterna.

El sufrir, como el morir, es expiación y obsequio a Dios. El Señor es el maestro que enseña las maravillas y riquezas que ha querido encerrar en el sufrir. Sólo el que ama puede llegar a conocer el tesoro y hermosura del dolor; por esto, sólo quien ama puede abrazarle. Es misterio de amor querer penar.

Se abraza y aun se ama el dolor, no en sí mismo y por ser dolor -esto sería una perturbación mental-, sino porque es obsequio a Dios. La muerte es ofrecimiento total del propio ser; el dolor físico es donación parcial como lo es la honra, la fama, el gusto y comodidad; son todos ofrendas gratas a Dios.

El amor enseña a abrazar con gozo los padecimientos. El dolor santificado por el amor es lo que más levanta, después de la oración, y lo que más

ayuda a progresar en las virtudes y en la vida espiritual; fortalece en la fe y esclarece la vista del alma para conocer las misericordias del Señor y las altísimas recompensas de las pruebas y sacrificios.

En el sufrimiento nos damos a Dios y con ello le tributamos alabanza y amor . Pero el sufrimiento es, además, expiación, que limpia el alma de las propias manchas y flaquezas, y la transforma, preparándola para poder recibir nuevas gracias y para ver mejor la bondad divina; porque *los limpios de corazón verán a Dios* (I).

El sufrimiento santificado sirve también para expiación de las almas de nuestros prójimos y es un gran intercesor para conseguir de Dios la conversión de las alejadas de El y para ayudar a crecer en la gracia a las que le están ya consagradas. La penitencia con la oración fueron los dos medios más poderosos señalados en el Evangelio para convertir el mundo.

Ni deja de ser la penitencia manifestación de amor a Dios; el amor es sumamente ingenioso para inmolarse.

Se abraza el dolor por la misma razón que se abraza la muerte; porque si la muerte saca de la oscuridad y del destierro y pone en la luz perpetua y en la patria verdadera, el dolor hace crecer en el amor, prepara los caminos de Dios para recibir su gracia y da fortaleza para llegar a la plenitud del desarrollo espiritual. Amor y dolor unidos en Cristo redimieron al mundo y santifican a todo el que se determina a seguir a

Cristo. El sufrimiento vivido por amor de Dios, llena de luz y de sabiduría de cielo.

Con el dolor temporal se compra gozo de eternidad, que es lo mismo que comprar cielo con tierra, y por un segundo de padecer, un eterno gozar.

Porque la vida entera del hombre, por larga que sea, es un momento, nada más que un fugacísimo momento, comparada con la eternidad; y el tiempo del dolor, en relación a la eternidad, es menos que un solo aliento, menos que una rápida pulsación en toda una vida larga.

¿Quién no escogerá un momento de dolor, por intenso que sea, si con ese dolor asegura una buena salud para toda la vida? ¿No se escogen y se pagan las operaciones quirúrgicas, por muy dolorosas y difíciles que sean, para procurar, no ya perfecta salud, sino mejoría solamente?

Pues un segundo es una respiración, que ya se pasó cuando se quiso dar cuenta de ella. Y la vida toda del hombre, comparada con la eternidad, aunque se nos haga aquí larga, es, sin embargo, menos que un segundo, menos que una rapidísima respiración comparada con una vida larga.

La eternidad siempre está en el ahora presente, en el ahora que empieza. Desaparecerán todos los mundos actuales después de millones de millones de años, suponiendo que los mundos sigan las leyes que dicen los físicos; quizá cree el Señor otros mundos que sucedan a éstos y también desaparecerán y la

eternidad siempre está en el ahora; es el instante presente. ¿Pues quién que no haya perdido su razón no aprovechará y escogerá esta billonésima de billonésima de segundo que ahora en la tierra se nos concede para gozar, después de la muerte, la dicha, felicidad y bienaventuranza por toda la eternidad?

Y la mano de Dios es de inmensa largueza para premiar el sacrificio y la penitencia, por lo cual el dolor por amor es una ganancia superior a todas las ganancias. Los Santos y las almas fervorosas vieron y ven clarísimamente esta verdad, que no pueden comprender los que no se abrazan con la humildad o no tiene vida limpia. También en esto se cumple que los limpios de corazón ven a Dios y sus verdades. La humildad clarifica los ojos del alma y la limpieza los hace aptos para recibir la hermosa luz celeste.

Santa Teresa de Jesús, que subió tan alto en la ciencia del amor, porque se deshizo en profunda humildad, aprendió de los labios del mismo Dios la grandeza y mérito de los trabajos aceptados con amor y la hermosura que recibe el alma que los abraza, por lo que escribió esta admirable sentencia: «Si me dijesen cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender las grandezas de Dios» (2).

Los Santos son los verdaderos doctores de la cien-

cia del dolor. Dios nos ha hablado por ellos y nos ha dicho maravillas del gozo que sentían en el sufrimiento y del inapreciable tesoro que en él hay escondido.

Preguntaban a San Félix de Cantalicio cómo le iba con sus dolencias y él respondió: «¿Qué decís vosotros de dolencias? Son rosas y flores que produce el Paraíso y distribuye a sus amigos» (3).

De todos es sabido el perdón que San Francisco pedía en la hora de la muerte a su hermano cuerpo, porque comprendía le había tratado muy duramente. y el Siervo de Dios Padre Juan Bautista, llamado de sobrenombre por sus contemporáneos «El Remendado», decía a su cuerpo dolorido para consolarle: «Callad, corpezuelo. No estéis tan enojado, que buena gloria os espera; presto se acabará y descansaréis» (4).

En la ciencia del dolor, no me atrevo a decir que se destacan más y son más eminentes las mujeres, pero quizá sea verdad y sobre todo parece en ellas más general este conocimiento y se las ve más generosas y abnegadas. Yo las veo -quizá sea error mío- más adelantadas en general que los hombres y ellas, a mi parecer, llevan más alta la bandera de la Cruz; por eso las envuelve mayor claridad.

Santa Rosa de Lima nos hace un gráfico hermosísimo del sufrimiento y de su eminente recompensa. Escribe que vio a Jesús dando trabajos y luego gracias, y con majestad incomparable dijo Jesús:

«Conozcan todos que la gracia sigue a la tribulación; sepan que sin el peso de aflicciones no se llega al colmo de la gracia; entiendan que conforme al incremento de los trabajos se aumenta la medida de los carismas. No quieran errar ni engañarse; ésta es la única verdadera escala del Paraíso y fuera de la Cruz no hay camino por donde pueda subirse al cielo.

»No se adquiere gracia sin preceder aflicciones; necesidad hay de trabajos acumulados sobre trabajos, para conseguir la participación íntima de la divina naturaleza, la gloria de los hijos de Dios y la perfecta hermosura del alma. ¡Oh, si conociesen los mortales qué gran cosa es la gracia, qué bella, qué preciosa es, cuántas riquezas esconde de sí, cuántos tesoros, cuántos júbilos y delicias, sin duda emplearían toda su diligencia, afanes y desvelos en buscar penas y aflicciones y andarían todos por el mundo en busca de molestias, enfermedades y tormentos, en vez de aventuras, por conseguir el tesoro inestimable de la gracia» (5).

No es fácil llegue nuestra inteligencia natural a persuadirse del goce en los sufrimientos. Esto lo enseña el amor Porque los Santos amaban, lo sentían y las almas fervorosas que aman lo entienden muy bien sin tener que acudir a que se lo enseñen.

Maestra en esta ciencia era la Venerable María de Jesús, y decía, admirándose de que el Señor la hiciera la merced de trabajos: «¿Cuándo merecí yo, Señora mía, padecer por quien tanto padeció por mí?

Cierto que lo tengo a dicha muy grande que nunca lo merecí yo ni de mil leguas. Si el Padre Eterno libró en esta finca (de sufrimientos) las glorias de su Hijo, ¿qué duda hay que ésta es la mejor riqueza?»; y frecuentemente repetía como lema de su vida: *Mas quiero padecer que gozar* (6).

Preguntaban a otra Carmelita, la Hermana Catalina de San Jerónimo, por cuánto daría los grandes trabajos que padecía y ella siempre contestaba : «¿Dar, Hermana? Por cuanto Dios tiene criado no me desposeería del menor» (7).

Y contestación aún más admirable me parece la del Padre Alonso de Jesús María. Estaba ya muy viejo y ciego y con muchos y fuertes dolores y achaques. Toda su vida había sido de extraordinario fervor y espíritu; todos le querían y reverenciaban. Deseando animarle, le decían que presto mejoraría, y el santo viejo, lleno de un espíritu más alto, contestó: «Es tanta la luz que debo a Dios del bien del padecer, que si Su Majestad me diera a elegir una de dos cosas: o estar sin trabajos de ningún género, o con los mismos trabajos que padezco, y me dijera que la misma gloria me había de dar por lo uno que por lo otro, escogería de mejor gana el padecer lo que estoy padeciendo, siendo su voluntad, que verme libre de trabajos» (8).

Esto no es posible decirlo si el alma no está muy abrasada de amor y no ha sentido regalos especiales de Dios, ni pueden creerlo los tibios.

Superando a todos expresaba San Juan de la Cruz

con mayor hondura de pensamiento y con intensa luz la grandeza inestimable del sacrificio y el tesoro de gozos que se adquiere en el padecer por Dios. Iluminado por la ciencia del divino amor escribía: «Le son al alma tan sabrosos y tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se daría por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiera padecido, aunque fuesen innumerables; *y queda tan animada y con tanto brío para padecer muchas cosas por Dios,* que le es particular pasión ver que no padece mucho» (9).

Y una explicación bellísima de su *Cántico Espiritual* dice que el alma desea entrar en la «multitud de trabajos y tribulaciones..., por cuanto le es sabrosísimo el padecer; porque el padecer le es medio para entrar más adentro en la espesura de la deleitable sabiduría de Dios, porque el más puro padecer trae más íntimo y puro entender, y, por consiguiente, más puro y subido gozar, porque es de más adentro saber» (10). El alma desea entrar *hasta los aprietos de la muerte por ver a Dios.*

Porque experimentaba el gozo inmenso con que Dios regala el alma que se ofrece al sufrimiento por su amor, escribía San Pablo apóstol, enseñándonos a todos esta tan alta como poco meditada verdad: *Estoy rebosando consuelo y rebosando de gozo en todas mis tribulaciones* (II).

Sufrimientos y trabajos se hacen amables por la misma razón que se hace amable la muerte. Los

dolores santificados llevan a la luz ya la sabiduría de espíritu y hacen crecer en la gracia y en el amor; al mismo tiempo que expían, transforman el alma en santidad y ponen hermosura de cielo.

El alma, que en su pobreza y en su nada da cuanto puede, recibe de Dios tesoros de cielo y nueva sabiduría deleitosa y sobrehumana.

Santa Teresa hace resaltar la soberana paga con que Dios galardona el sufrimiento, cuando dice que, apenas murió San Pedro de Alcántara, le vio glorioso y la dijo estas palabras: «Dichosa penitencia había sido la que había hecho que tanto premio había alcanzado» (12).

(1) *San Mareo,* V. 8.
(2) Santa Teresa de Jesús: *Vida,* cap. XXXVII.
(3) *Leyendas de Oro,* día 8 de mayo.
(4) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación; tomo I, día 21 de febrero.
(5) *Santa Rosa de Lima.* por el P. L. O. Oetino; O. p, *Autobiografía,* cap. XXXVII.
(6) *La Sierva de Dios Sor María de Jesús,* por el P. Joaquín de la Sagrada Familia; cap. XII.
(7) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D., tomo III, 2 de octubre.
(8) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D., tomo III, 8 de diciembre.
(9) San Juan de la Cruz, *Subida,* Lib. II, cap. XXVI, 7, y *Llama,* canc. II.
(10) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* can. XXXVI.
(11) *A los de Corinto,* cap. VII, v. 4.
(12) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXXVI.

CAPITULO XVIII

OFRECIMIENTO A DIOS DE LA PROPIA VIDA Y DEL SER

Sólo en el cielo podré comprender la intensidad y grandeza del amor que Dios me tuvo desde toda la eternidad. Mi aspiración es no hacerme indigno de este amor y pedirle agrande en mí la capacidad de amar. Amadme, Dios mío, amadme para que yo os ame cuanto deseo y Vos queréis.

No hay hermosura ni grandeza ni encanto que pueda asemejarse a este amor de Dios, ni hay nada que tenga poder para transformar el alma como este divino amor. «Amar Dios al alma, escribía San Juan de la Cruz, es meterla en cierta manera en Sí mismo, igualándola Consigo, y así ama el alma en Sí Consigo, con el mismo amor con que El se ama» (I).

Como es imposible que el alma pueda tener amor infinito, no la es posible llegar a amar a Dios con amor infinito propio, según es el deseo del alma fervorosa enamorada, y para acercarse en su pequeñísima capacidad a este anhelo, se esfuerza y esmera en ofrecerse continuamente a Dios y en hacer con toda delicadeza y con todo heroísmo cuanto puede en obsequio del Señor.

Ve que en su pequeñez puede intentar dos cosas: primero, deshacerse ante Dios en amor humilde, de

reconocimiento y de gratitud. En este deshacerse delante de Dios espera una nueva gracia y un nuevo fuego para poderle amar con más fidelidad y con mayor fuerza.

Ve que lo segundo que puede hacer es ofrecer totalmente a Dios la nada de su propio ser y de hecho le ofrece este pequeñísimo tesoro y el inmenso caudal de la gracia. Lo natural es su propio ser y su vida con todas sus acciones, pensamientos y amores. Todo lo ha recibido de la bondad de Dios y tiene su mayor gozo en podérselo ofrecer todo en agradecimiento y para su gloria. Quiere ser toda de Dios, repitiendo con gozo y haciendo suya la exclamación de Santa Teresa de Jesús : *Ya toda me entregué y di. ¿Qué hace, Señor mío, el que por Vos no se deshace?* No me pertenezco a mí mismo; soy de Dios y para Dios. Sólo quiero y busco su gloria y su alabanza. Por esto renuncia el alma a sus gustos y delicadezas, abrazando el sacrificio; escoge la muerte de las alegrías y disipaciones del mundo, buscando el retiro del claustro para estar con Dios y sus ángeles; se entrega al apostolado para que todos amen a Dios y espera la muerte para vivir la verdadera vida.

Toma las palabras de David para ensalzar al Señor, diciendo: *A Ti te entregué el corazón, a Ti te buscó el alma mía. Alma mía, bendice al Señor y bendiga su santo nombre cuanto hay en mí* (2).

Sobre su vida y su ser está el tesoro sobrenatural recibido del mismo Dios, más valioso que todos los

mundos y que todas las criaturas; es el mismo Dios, que se da al alma en amor. Yo, pobre y ruin criatura, llena de defectos e imperfecciones, si tengo grandes deseos puedo ofrecer al Señor lo que vale más, sin comparación, no sólo que mi pequeñez, sino que las criaturas más excelsas y puras; puedo ofrecer el mismo amor de Dios, y a El mismo.

En una misericordia inexplicable e infinita, Dios no sólo me da su amor sobre la medida de mi deseo, sino que se me da El mismo como Padre amoroso; se me da para ser mi tesoro, para que yo me lo apropie y pueda ofrecérselo a El de nuevo. Yo, pobre y nada, si soy humilde, si amo, puedo dar a mi Dios esa infinita ofrenda de infinito valor como propia mía. ¡Misterios y carismas insondables de la Caridad! San Pablo nos decía que *el Espíritu Santo se nos había dado y llenaba nuestros corazones* (3); Jesucristo nos da su pasión y sus méritos y Dios se nos da a Sí mismo (4).

En verdad, con este ofrecimiento puede decir el alma que su alabanza *es sobre todos los cielos* (5), porque es la alabanza infinita y perfectísima del mismo Dios y éste es el ofrecimiento sobrenatural.

Dios me pide que le dé yo esta gloria externa del ofrecimiento de mi vida y me lo exige el amor que yo tengo a Dios. Esta gloria de mis acciones y de mi voluntad yo sólo se la puedo dar. Con toda mi alma y con todo mi corazón quiero unir mi pobre canto de acción de gracias al himno majestuoso que entona toda la creación visible e invisible, alabando a su

Criador y al amor infinito con que desde la eternidad El a Sí mismo se amó.

Hablándome del agradecimiento a Dios oía decir al ermitaño: «Sé, Dios mío, que sólo puedo daros la gloria que Vos tengáis a bien poner en mi alma. U n cuadro o una obra de arte da tanto honor al artista como belleza haya puesto en ellos. Pues yo soy vuestra obra, Señor, embellecedme para que os dé gloria.» «Las flores, con su perfume y color, cantan todas vuestra gloria, Dios mío, tal cual son, lo mismo la pequeña amapola silvestre como la mejor cultivada orquídea de invernadero, cada una según la belleza con que la habéis dotado, la pequeña y rústica como la exquisita y cultivada, sin estorbarse y en su puesto cada una. Dios mío, poned belleza en esta vuestra flor de mi alma para que os dé gloria.

»Todos los astros cantan vuestra magnificencia con la luz, la grandeza, los movimientos que de Vos recibieron. Todos cantan vuestra gloria con ordenada obediencia. Poned luz de amor en mi alma, para que yo cante mejor vuestra gloria y sea fiel.

»La molécula negra de carbón se torna incandescente y brillante en el fuego y el átomo de oxígeno se hace refulgente en la llama y canta vuestra gloria. Poned brillo en mi alma oscura aún, y con sus reflejos cantaré mejor vuestra gloria.

»Oscuro es y negruzco el filamento de los focos eléctricos y el fluido le hace brillante; iluminando la oscuridad con su luz, canta vuestra gloria; Señor,

cambiad lo renegrido de mi alma, aún imperfecta, en brillo de amor y en luz de vuestra gracia para que yo os alabe.

»Aquí en estos montes y valles resuenan los arpegios de las aves llenándolos de armonías y cantando cada una a su Criador según los dones que de Vos recibió; poned en mi alma, Dios mío, aquella armonía dulcísima de aspiración y amor a Vos, para que también cante yo vuestra gloria.

»Mi alma, mis potencias, mis sentidos, mi ser, mi vida y cuanto me habéis dado es vuestro y os lo ofrezco. Poned la belleza del más ardiente amor en mí, para que con las virtudes cante el himno de vuestra gloria y pregone vuestras misericordias.

»Quiero que mi amor y mi vida sean para Vos; quiero ser luz de vuestra luz, belleza de vuestra belleza. Poned vuestra santidad en mi alma para que alabe y cante como lo hacen las florecillas con sus colores, los astros con su brillar, las aves con sus trinos en compañía de los santos y sus virtudes y con los ángeles y sus gozos.

»Bendice, alma mía, a tu Dios y cuanto hay dentro de mí alabe el nombre del Señor» (6).

(1) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritualidad* can. XXXVI.
(2) *Salmos* 26 y 102.
(3) San Pablo, *A los romanos*, v. 5
(4) San Juan de la Cruz, *Llama*, canc. II; Santa Teresa de Jesús, *Vida*, cap. XXXIX
(5) *Salmos*, 8, 2, 7 y 112, 4.
(6) *Salmo* 102.

CAPITULO XIX

POR QUE SINTIO GOZO EL ALMA DE JESUCRISTO EN EL OFRECIMIENTO DE SU VIDA

Todos los libros hacen resaltar el dolor de Jesucristo en su pasión y hacen muy bien, enseñándonos a unirnos a sus penas; pero no se medita bastante el gozo del alma de Jesús tanto en el ofrecimiento de su vida como en los tormentos de su pasión.

Esto no es opinión mía, ni son mías las ideas. Es doctrina de la teología y del santo ermitaño a quien yo admiraba y oía. El hombre de Dios me dijo cosas pocas veces oídas, y que en aquella amena soledad me orientaban hacia una vida más interior .

«Pienso yo aquí en mi retiro, me decía, muy unido a Nuestro buen Dios, que el dulcísimo Jesús sintió durante toda su vida un gozo inmenso e inexplicable en ofrecer la vida a su Padre Celestial y en aceptar la muerte. Que en los treinta años pasados en el silencio de Nazaret, continuamente se estaría ofreciendo y gustando el gozo de ofrecer su vida escondida y de morir públicamente y deshonrado. Porque el futuro no era ningún misterio para Jesús.

»Gozan los religiosos que de verdad han salido del mundo y viven sólo para Dios, y los santos soli-

tarios en su desierto, de haberse ofrecido del todo a Dios, hasta en sus pensamientos y recuerdos. ¿No había de sentir Jesús un placer mayor que todos juntos al estarse continuamente ofreciendo con la seguridad, que no tenían los solitarios por santos que fuesen ni tienen los religiosos más espirituales, de que su Padre Celestial se complacía en su ofrecimiento y lo aceptaba con amor? Sabía El que había venido a darse; que su persona y todos sus actos eran sólo para la gloria del Padre y que de ese modo labraba también la redención de los hombres. El corazón de Cristo con todas las divinas ilusiones de sus años de niñez, pubertad y juventud, saltaba de gozo ofreciendo las alegrías y el brillo de su inteligencia a su Eterno Padre; por este ofrecimiento, era muy superior su alegría a las alegrías de todos los hombres; este goce inefable y el placer de ofrecer su vida al Padre fueron inconmensurablemente más grandes e intensos que el más intenso dolor de su sacratísima y dolorosa pasión. »Quizá, me decía, le causen sorpresa estas afirmaciones. Yo siento gozo en meditarlas y juzgo que si se meditasen más, a muchos alentarían como me alientan a mí.

»No es esto un entusiasmo infundado. Es la verdad de la teología. ¡Quién me diera la soledad de Jesús en Nazaret y su ofrecimiento, para poder sentir su altísimo gozo! ¡En aquel silencio y oscuridad, como desde la cruz, daba gloria a Dios, más que toda la creación junta!